

Martes IX del TO Ciclo B



4 de junio de 2024

2Pe 3, 12-15.17-18

Sal 89

Mc 12, 13-17

P. Eduardo Suanzes, msp

En vista del mal resultado que les ha dado abordar a Jesús cara a cara, (que henos venido siguiendo en los evangelios de estos últimos días) los dirigentes, el Gran Consejo, decide tenderle una trampa, obligarlo a que se pronuncie sobre la espinosa alternativa entre nacionalismo y tradición, por un lado, o sumisión a Roma o colaboracionista con el Imperio, por otro. Creen que Jesús no tendrá salida¹. Conseguirán con esta argucia lo que tanto ansían: por fin lo atraparán.

El Consejo envía a un grupo formado por fariseos y herodianos; estas dos facciones sociales no se llevan nada bien y difícilmente se ponían de acuerdo en nada. Unos, los fariseos, partidarios de la tradición, observantes de la Ley y fieles a las Escrituras, son antirromanos por naturaleza; los otros, partidarios de Herodes, colaborador con Roma en mantener la paz en Galilea, son pues colaboracionistas con el Imperio. Me imagino que el pueblo llano al ver a los dos grupos juntos creería estar alucinando.

Para preparar el terreno, empiezan adulando a Jesús. No sólo lo llaman respetuosamente «Maestro», sino que alaban su independencia y su sinceridad, que expone fielmente el camino de Dios sin dejarse intimidar por la posición social de las personas («*tú no miras lo que la gente sea*»). Pretenden que un maestro tan insigne y tan valiente les dé una respuesta inequívoca que dirima el desacuerdo entre ambos grupos. Están representando, pues, una obra de teatro magistral.

Le proponen entonces la pregunta comprometedora, presentada como un deseo de fidelidad a la Ley divina. Enuncian primero la cuestión de principio, si es conforme a la Ley el pago del tributo («*¿Está permitido?*»); lo presentan luego como un problema de conciencia que les afecta personalmente («*¿pagamos o no pagamos?*») y sobre cuya solución no están de acuerdo.

El Sanedrín, astutamente, manda a los fariseos en caso de que Jesús diga que «*está permitido pagarle el tributo al César*»; pero también mandan a los herodianos colaboracionistas por si acaso dice que no. La pregunta es una trampa para desacreditar a Jesús como colaboracionista o denunciarlo como revoltoso. Una vez más el Consejo muestra que su intención no es hallar la voluntad de Dios, lo que es justo o no; lo que les interesa es cazar a Jesús para matarlo, no importa si es de Dios o no.

La cuestión gira, en realidad, en torno a la fidelidad a Dios que queda institucionalmente sentenciada y formulada en el primer mandamiento: «*El Señor nuestro Dios es el único Señor*»²; pagar el tributo significaba, en cambio, reconocer como Señor al César. En realidad

¹ Cfr. JUAN MATEOS – FERNANDO CAMACHO. *Marcos. Texto y comentarios*. Ed. El Almendro. Córdoba, 1994

² Dt 6,4

lo que le están preguntando a Jesús es lo siguiente: «Los israelitas ¿no somos infieles a Dios si reconocemos por señor al César pagándole el tributo?»

El tributo al César significaba en lo económico la sumisión política al emperador. La imagen del Cesar en la moneda acuñada multiplicaba su presencia y circulaba en la vida económica cotidiana del país. Sin embargo, la imagen de Dios estaba terminantemente prohibida; tampoco la imagen de reyes judíos tradicionales se usó nunca en la moneda, porque la única imagen de Dios es el hombre³.

Pagar el tributo implicaba al mismo tiempo la renuncia a la propia independencia y libertad nacional. Precisamente, cuando Roma nombró el primer gobernador en Judea e impuso el tributo, se originó, en nombre de la fidelidad a Dios, la rebelión armada de Judas Galileo (año 6 d.C.). Si Jesús diera una respuesta afirmativa (acatamiento al César, posición de los herodianos) se acarrearía el descrédito ante el pueblo, contrario al régimen romano; si la respuesta fuera negativa (declaración de rebeldía, ideología farisea y zelota) sería detenido por la autoridad romana. De un modo o de otro, estaría acabado.

Una vez más, Jesús se da cuenta inmediatamente de la trampa. Sabe que el escrúpulo que fingen es una hipocresía: aparentan una fidelidad a Dios que no corresponde a la realidad de su vida, pues los dirigentes que envían a estos emisarios son explotadores del pueblo, son los usurpadores de la viña.

Los acusa de querer tentarlo. Les pide una moneda. Como la moneda del tributo era la acuñada por el emperador pagano, no la llevan consigo, tienen que ir a buscarla a un cambista y una vez en su presencia le dicen que la efigie es del César.

Ellos han hablado de «pagar», como si ese dinero fuese suyo; Jesús los corrige y habla de devolver, indicándoles que el dinero no es suyo, sino del César («*lo que es del César, devuélvanselo al César*»). Es decir, que ellos bajo pretexto de fidelidad a Dios, dicen querer rechazar el dominio del César, pero quedándose con su dinero. Es decir, que mientras usen ese dinero, símbolo e instrumento del poder del César, estarán mostrando su sumisión a Roma; sólo renunciando a él dejarán de reconocer al César como señor. En cuanto a la fidelidad a Dios que decían preocuparles, si quieren serle fieles de verdad tienen que devolverle a Dios el pueblo del que se han hecho dueños («*y lo que es de Dios, devuélvanselo a Dios*»), es decir, «devuélvanle la viña de la que ustedes se han apropiado».

Se quedan, pues, de una pieza ante la contestación de Jesús. Una vez más Jesús ha renovado la denuncia de infidelidad a Dios que había hecho con la parábola de la viña, y es ilusorio todo intento de emanciparse del César si no hacen caso a Dios. Al fin y al cabo, lo que hacen los romanos con la nación judía no es diferente de lo que hacen ellos, los dirigentes judíos, con el pueblo. Pero por su amor al dinero siguen por un lado siendo infieles a Dios y siguen sometidos al César por el otro. Son ellos los que están atrapados por su ambición.

³ LUÍS ALONSO SCHÖCKEL. *Biblia del Peregrino. Nuevo Testamento. Edición de Estudio. Vol. III.* Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 1997